

el perro, y el ratón y el gato...



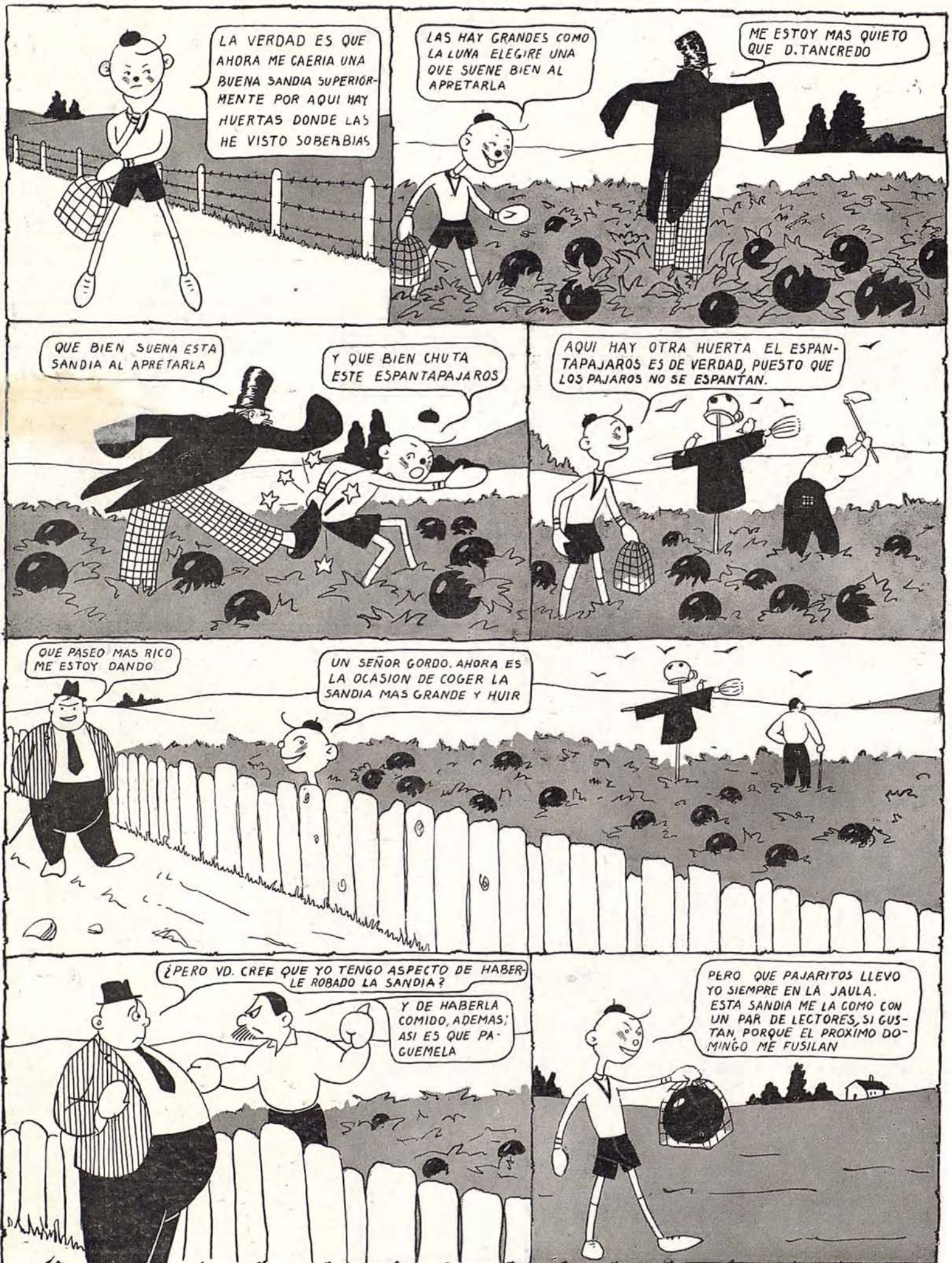
semanario
de las niñas,

4

los chicos los bi-
chos, las muñecas



El Niño Carloto Perra Va a dar la vuelta a La Tierra



ROBLES-OSCAR

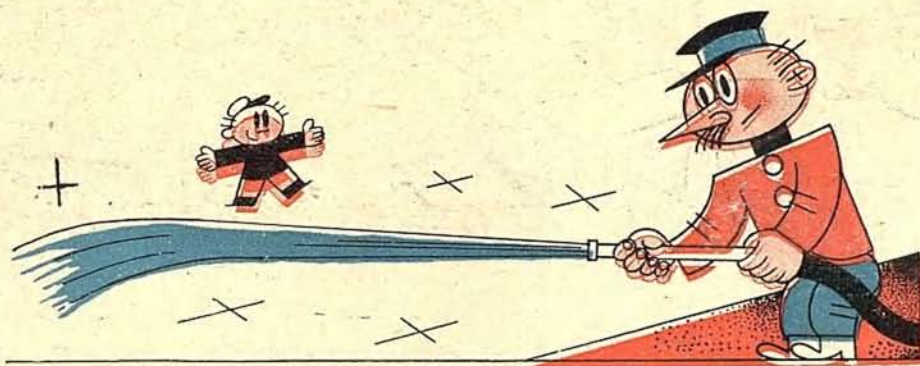
LA HOJA DEL NENE



Núm. 1.

La manga riega...

Núm. 1.



MINUTO y sus amigos eran unos niños muy traviesos que hacían rabiar a los mangueros diciéndoles esa aleluya de:

*la manga riega
que aquí no llega...*

Los mangueros sufrían mucho porque Minuto era muy listo y no lo podían mojar más que con esa especie de polvillo de agua que se lleva de los chorros el viento.

Por la noche soñaban con Minuto los mangueros. Soñaban que las mangas crecían, le seguían como serpientes y le cogían.

Algunos mangueros tenían dolor de cabeza de la rabia que les daba no mojarle y de que se burlara de ellos. Entonces el Alcalde, que quería mucho a los guardias, serenos y bomberos, preparó una pelea contra Minuto y sus amigos.

Por un lado del pueblo salió el Alcalde con unos guardias, unos mangueros y una manga, y por otro extremo salió el Gobernador con otros empleados y otra manga.

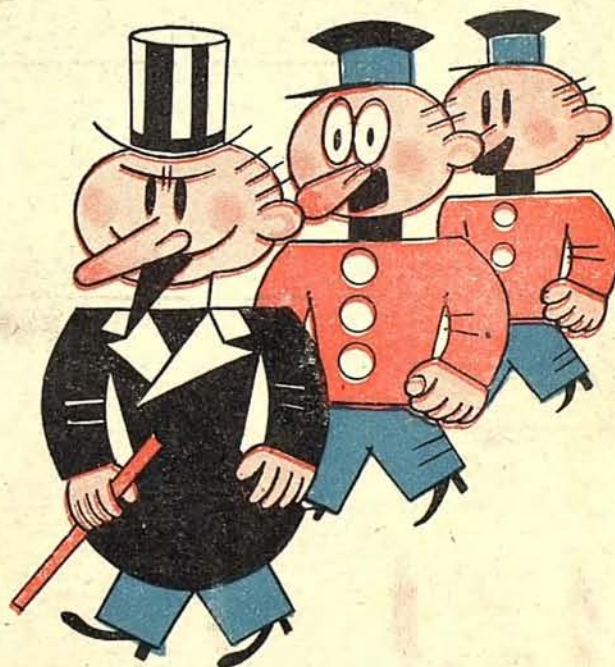
Los chiquillos creían que no había más que una manga, y empezaron con la aleluya de siempre:

*la manga riega
que aquí no llega...*

El Alcalde, con los suyos, avanzaban hacia el centro del pueblo poniendo la manga de boca en boca de riego, y el Gobernador y los suyos se acercaban también hacia el centro por otras bocas.

Cogieron a Minuto y sus amigos en el centro de una calle entre las dos mangas y empezaron a mojarles las dos; pero como las mangas llegaban tanto, se mojaron ellos unos a otros enormemente, cayendo al suelo y saliendo los sombreros de copa nadando por los arroyuelos que formaba aquel agua abundante.

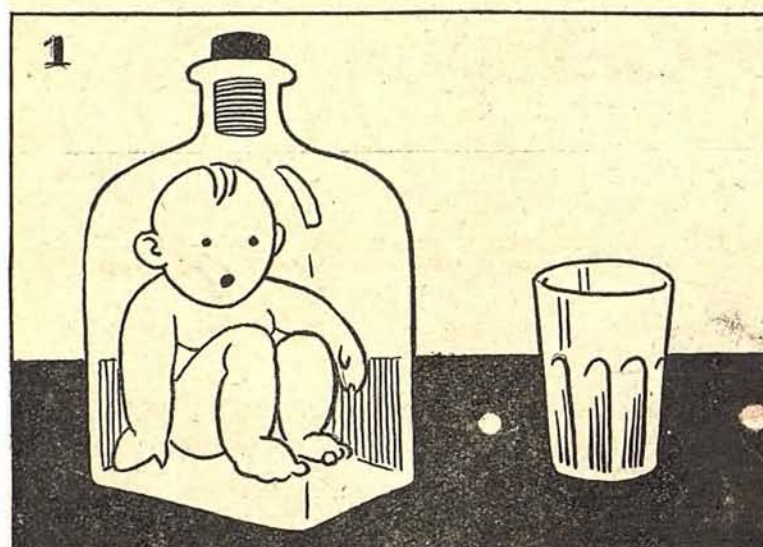
Entonces Minuto y sus amigos saltaron por encima para salvarse. Pero como todo el pueblo estaba un poco incomodado con ellos por lo de la aleluya, comenzaron a echarles desde todas, todas, todas las ventanas chorritos de los botijos hasta que los hicieron caer vencidos también.



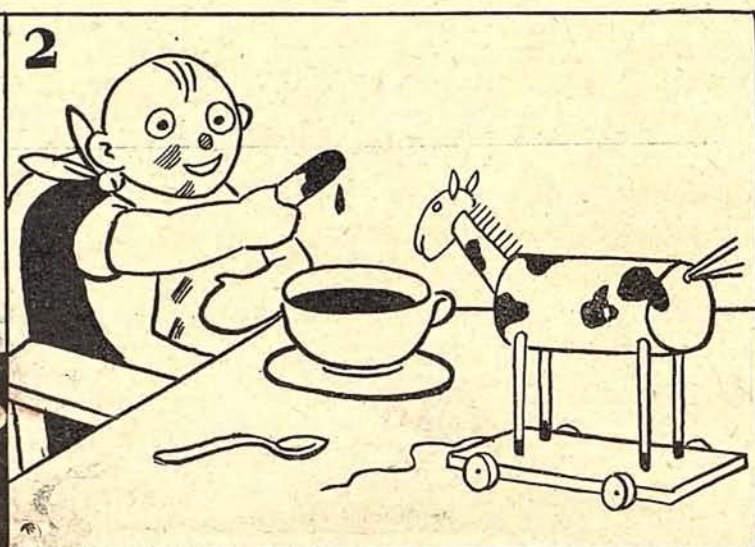
Luego salió un buen Sol y todos se secaron, y el Alcalde perdonó a Minuto y sus amigos, porque prometieron no volverlo a decir más; pero se levantó un monumento al botijo desconocido, como después de las guerras se levanta un monumento al soldado desconocido.—FIN.

(Extracto de un cuento.)

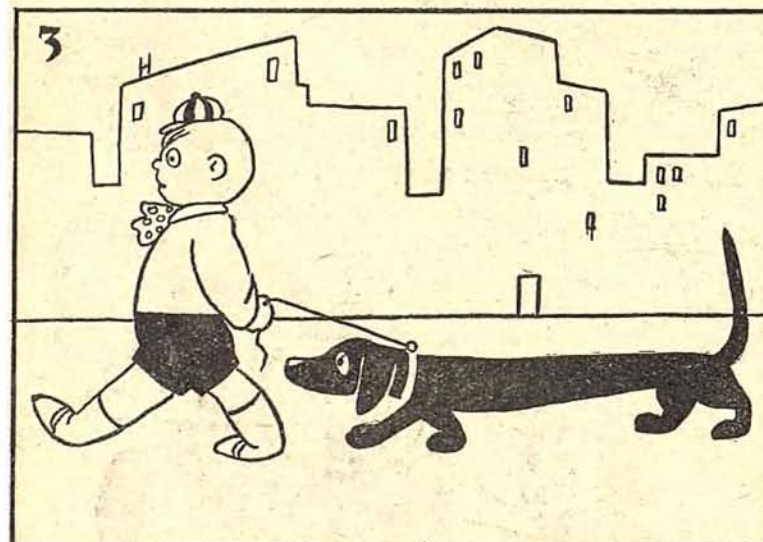
ALELUYAS DE PEPITO BICICLETA



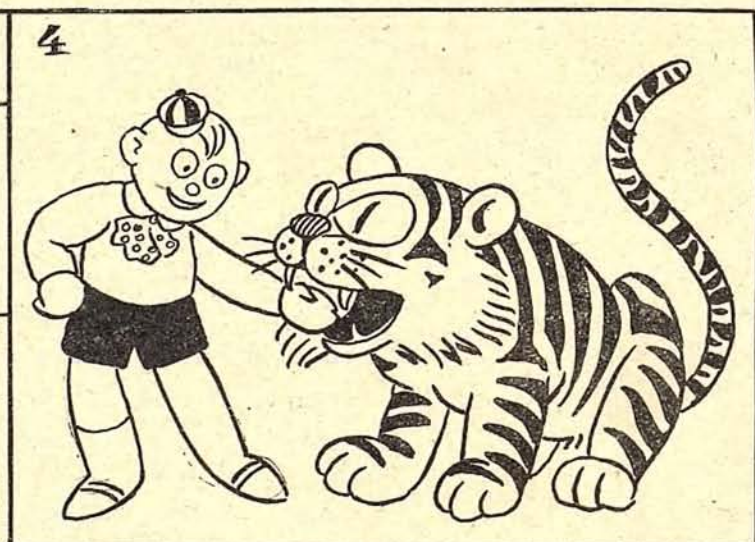
En una botella fué
donde nació don José.



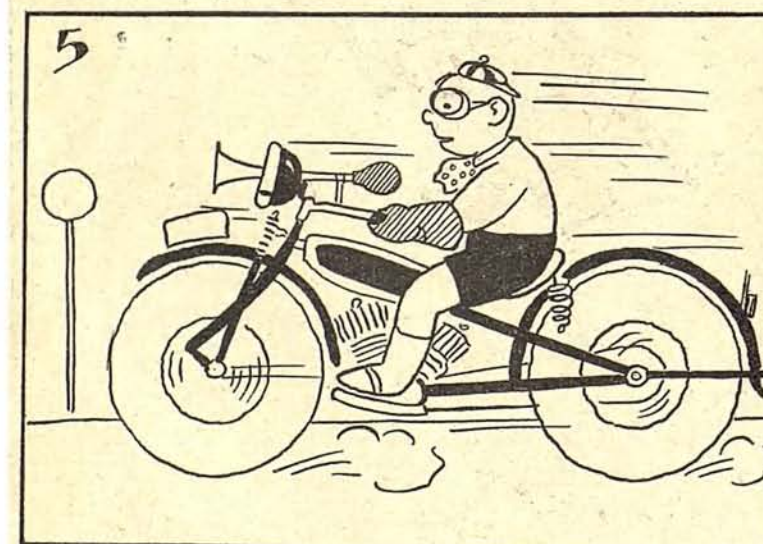
Desayuna tan campante
con un caballo delante.



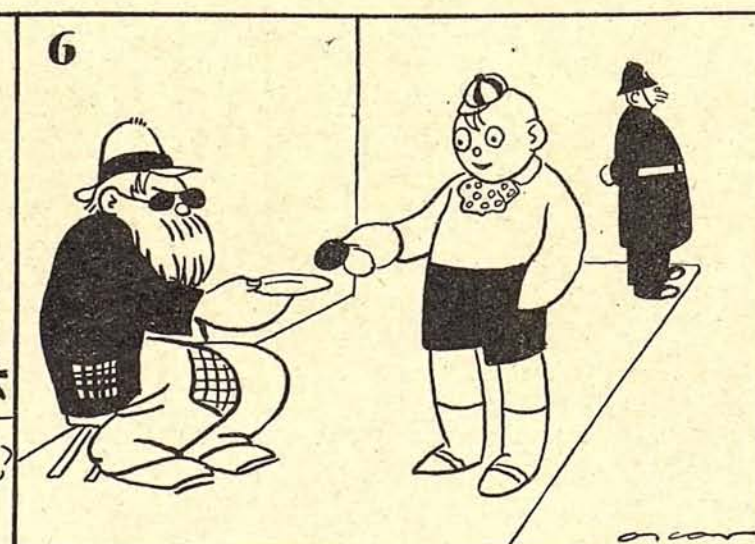
Compró un perro largo,
más largo que hecho de encargo.



A un tigre fiero y villano
metió en la boca la mano.



Compra una motocicleta
que le cuesta una peseta.



Pero siempre que ve un pobre
le da monedas de cobre.

el perro,
el ratón y
el gato...

el perro, el ratón y el gato...

Semanario infantil. — Director: Antonforroble
Príncipe de Vergara, 42 y 44-Apartado 33-Teléfono 51587

Núm. 4. — Madrid, 21 de junio de 1930

Suscripción.—España, Portugal y América: Año, 20 pesetas; semestre, 10; trimestre, 6; Francia y Alemania: 25, 13 y 7; demás países: 30, 16 y 8.

Este ejemplar pertenece a



El Ratón Bombón

IV. ¡Yo he sido «rata» de hotel!

Hoy tengo que contar una cosa... que no está bien hecha, lo comprendo, pero que tampoco me remueve mucho la conciencia.

Vivía yo, como todo el mundo sabe, en un hotel formidable, inmenso, con pasillos larguísimos y escaleras de mármol alfombradas.

Se hospedaban allí gentes adineradas, con gabanes de pieles y sortijas, que si no me cegaban era por mis gafas negras.

Yo era, como también sabéis, amigo del botones. Y el botones era amigo... de comer plátanos. Pero no tenía nunca ocasión.

En cambio, un caballero de grandes bigotes desayunaba todos los días dos o tres platanitos y una jícara de chocolate que olía mejor que yo. Un camarero se lo llevaba al cuarto en una bandeja de plata.

Esto era injusto, según mi opinión, y de ahí que le dijera al botones que se escondiera detrás de una puerta. Yo hice lo mismo, y cuando venía el mozo con la gran bandeja sostenida sobre las cinco puntas de los dedos, salí veloz, inesperadamente, brinqué a su lado... y el pobre hombre escapó asustadísimo, después de haber rodado... Y entonces fué cuando mi amigo arrambló con los plátanos, que se metió debajo de su gorrito, aunque parecían chichones, y yo me metí en el bolsillo de mi tripota un poco del chocolate vertido, que estaba superior.

El escándalo fué conocido por todo el hotel; todos los huéspedes amenazaron con marcharse si no me mataban. Por eso trajeron 10 kilos de gatos vivos, que eran seis gatazos, y comenzaron a acorralarme de abajo a arriba, por todas las escaleras, la de lujo y la del servicio y hasta había uno de vigilancia en el ascensor.

Yo pude llegar a la terraza, y antes de que me vieran me subí a la punta misma del agudo pararrayos.

Más tarde llegaron despistados los seis gatazos, mirando por todas partes, y en ese momento les hice de pronto con la boca, muy fuerte muy fuerte:

—¡Fssssssh!.....

Se creyeron que era un rayo, a pesar del buen día que estaba, y huyeron aterrados, escalera abajo, como gato escaldado.

Entonces, tranquilamente, comencé a bajar por el cable del pararrayos, que descendía por toda la fachada de aquel inmenso rascacielos.

El amigo botones me veía desde una ventana, le tiré un beso y seguí bajando despacio y tranquilo.

La gente me vió desde la calle y formaron un enorme corrillo de curiosos, preparándose seguramente para pisarme todos a una vez. ¡Qué valientes!... Pero como yo no soy demasiado tonto, esperé a un tranvía, y cuando pasaba salté a su techo, y todo el público se quedó con la boca abierta, haciendo a coro:—¡Oooooooooh...!

Y así pude escapar a las afueras.

De las cosas más graciosas que a mí me han pasado, fué lo del gato que me esperó seis horas, porque olía un bombón y creía que era yo. Lo cuento en el próximo número.

En la penúltima hoja publicamos cuatro páginas de "Cuentos y más cosas" y otras cuatro de la novela.

"La Hoja del Nene" se publicará de cuando en cuando.

En el próximo número se publicará "La Casa de la Risa", con portero y todo.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Cuento por
Manuel Abril

Dibujos de
Esplandiu



EL DOMADOR DE LEONES Y EL BRUJO ESTRUJALIMONES

No sé; no estoy muy cierto si fueron ciento dos o ciento tres las fieras que había domado en esta vida el domador Victororio.

Y era un infeliz, después de todo, no vayáis a creerlos: un verdadero alma de Dios... Por eso no se había dedicado a domesticar ni pulgas, ni perros, ni conejos, ni esas cosas; porque le daba vergüenza abusar de los animales pequeños.

—Con los más pequeños que yo—decía—no me meto.

Pero, de los otros, con todos: leones, sobre todo; era su debilidad domar leones; pero también domaba tigres, panteras y cocodrilos...

No temía a ninguna fiera: a ninguna...

Ni las fieras a él, por supuesto: las domaba por las buenas; las trataba muy bien; las daba muy buena comida, a veces hasta golosinas; las curaba cuando estaban o heridas o enfermas; y las fieras acababan por hacer lo que Victororio quería... ¿Dónde iban a ir que estuvieran mejor que con el amo? Y todas las fieras le decían:

—No tengas miedo, Victororio: aunque veas que en el Circo nos ponemos muy furiosas y hasta nos subimos por los barrotes de la jaula, no hagas caso: lo hacemos para que se asuste la gente; pero no te asustes tú, porque a ti no te haremos nada.

Y así era. En el Circo abrían todas las fieras la boca y hacían todas ¡Aaahuuuum!, pero, ¡nada...! Hasta Victororio mismo se presentaba en el Circo de uniforme, con una pelliza encarnada, muchos galones dorados, botas altas de montar y bigotes muy en punta y para arriba.

Pero luego, en la intimidad, usaba zapatillas de paño, pantalones de tela de jergón y batín y unos bigotes sin rizar, todos caídos...

Y se sentaba en un corrillo con las fieras, todos en familia.

* * *

Lo peor, lo peor era que el pobre no ganaba con aquello dos pesetas. ¡Era tan caro mantener a la familia...! (La familia eran las fieras). Les daba el infeliz de Victororio tantos caprichitos que no tenía nunca ni diez céntimos.

Una vez le echó el casero de su casa porque llevaba sin pagar dos o tres meses y porque quería echarle para ganar más dinero con el cuarto.

El pobre Victororio buscó piso; y después de mucho buscar, encontró uno: el único que podía servirle.

Victorio no sabía que el dueño de aquella casa era el brujo *Estrujalimones*, un brujo de lo peor, de lo más malo que había.

Cuando le vió a Victororio la facha de buena persona que tenía le trató sin compasión:

—Si tiene usted señora, no le alquilo el piso.

—No, señor—contestó Victororio—, no tengo señora... ¡Sí, sí; buenos están los tiempos para eso...!

—Si tiene usted perros, no le alquilo el piso.

—No, señor; no tengo perros.

—Si tiene usted gato, ni pensarlo: no le alquilo el piso.

—No, señor; no tengo gato.

—Si tiene usted pájaros, no le alquilo el piso.

—No, señor; no tengo pájaros.

—Si no me paga usted ahora mismo cuatro meses, no le alquilo el piso.

¡Aquello era imposible...!

¿De dónde sacar él tanto dinero...? Suplicó, lloró, se arrodilló delante del casero.

Pero, *Estrujalimones*, cruel, como si nada.

Victorio se fué desesperado...

No tuvo más remedio que empeñar un par de leones.

—Tenéis que quedaros aquí—les dijo al dejarlos en el Monte; en el Monte de Piedad, que fué, como era natural, donde tuvieron piedad del pobre Victorio.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

norio—. Tenéis que quedaros aquí hasta que yo tenga dinero.

Los pobres animales se aguantaron.

Pero el insigne domador estaba el pobre corrido por completo de vergüenza.

—¡Que haya podido yo domar a tantas fieras y no pueda domar a ese fiera de brujo sin entrañas! Eso no puede ser..., no puede ser... ¿Con qué cara me voy a presentar delante de mis leones...? ¡Esto no lo puedo consentir!

Y a fuerza de mucho pensar, se le ocurrió una cosa atroz.

—¡Ya está...! ¡¡ya está...!! ¡¡¡ya está!!!—gritó, loco de gusto, Victororio.

Y así fué... ¡Ya estuvo, sí...! El brujo *Estrujalimones* las iba a pagar todas...

Fué Victororio, le dió al casero los meses que le había pedido el brujo anticipados, y le dió cuanto quiso...

—Que sí..., que sí..., que sí...—le decía el domador al brujo *Estrujalimones* a cada condición que el muy rebrujo ponía al otro infeliz...

Firmaron, por fin, el contrato, y entonces, Victororio, fué y ¿qué hizo? Pues se presentó en la casa con las fieras...

La pantera se subió por los tejados...

El tigre jugaba a saltar los tramos de la escalera...

Los pasamanos eran toboganes para tres hermosos chimpancés.

Y a la entrada de la portería se había tumbado el león, tranquilamente, sin haber hecho caso del portero, que salió con los pelos de punta, corriendo a todo correr y subiéndose a una torre como loco, gateando por la fachada.

¡Para qué os voy a decir lo helado que se quedó el brujo *Estrujalimones* cuando fué a salir de su casa (vivía en el principal) y se encontró con aquello.

Victorio estaba allí, en el portal, en una silla, repantigado para atrás, una pierna cruzada sobre otra y canturreando coplitas...

—Pero esto ¿qué es?—dijo el brujo.

—Pues ¿qué ha de ser!, mi familia...

—¿Por qué no me ha dicho usted que tenía esta familia...?

—¿Me lo ha preguntado usted? Usted me preguntó por la señora, por el perro, por el gato... por los pájaros, por todo; por todo menos por esto...

—¡Quién se iba a figurar...!

—A mí me entre- tienen mucho todos estos bichitos.

—¡Infame! Váyase usted ahora mismo de mi casa!—gritó el brujo enfurecido.

—¿De su casa...? De la mía... Tengo un contrato firmado... Y, como me chille usted, doy una palmas da y...

¡HAM!

El león, al oír la palmas da, le arrancó de un mordisco al brujo medio faldo del levitín y se volvió a dormir tan tranquilo.

El brujo, sólo del susto, se tragó toda la lengua y a poco si se ahoga...

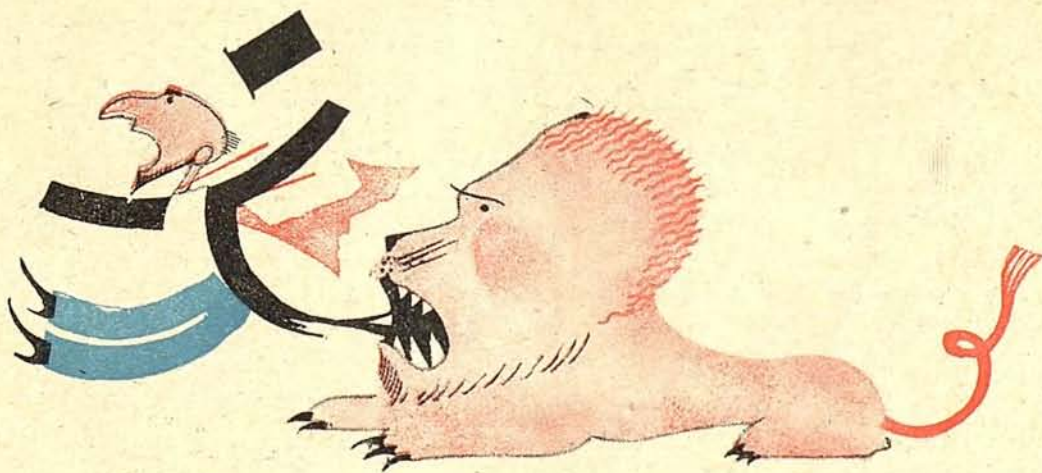
Se fué, cuando pudo, a la calle ¡y que si quieres...! Nadie quiso hacerle caso ni ayudarle para echar a Victororio de su casa...

El juez le dijo que el domador tenía, según contrato, derecho a meter allí en su casa toda clase de animales siempre que no fueran gatos, ni pájaros, ni perros...

Y como no tenía amigos capaces de ir allí a exponer por el brujo la pelleja; y como los inquilinos de la casa se fueran corriendo de ella, tuvo el brujo *Estrujalimones* que ofrecer a Victororio para que se fuera de allí dos millones, tres millones, seis millones...

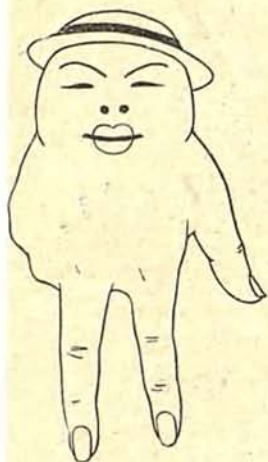
Y CON ESOS SEIS MILLONES
PUDIERON VIVIR FELICES
VICTORIO Y SUS LEONES.

ENTRESUELO



el perro,
el ratón y
el gato...

El manco don de- dos.



El sombrero
que se eleva
y la montaña
que baja.



EL **A**QUEL día estaba de mal humor el manco Don Dedos, porque había querido subir a lo alto de la montaña que formaba la rodilla de Nito Tambor en la cama, y cuando estaba en la punta... ¡pum!, bajaba de un golpe el niño su pierna, y Don Dedos, hecho con la mano del mismo niño, caía y fracasaba. Y así dos, tres, cuatro veces. Ya encontraría algo con que pagar su mal humor.

En efecto: un señor estaba hablando con el papá de Nito Tambor, y había dejado el sombrero sobre la mesa del comedor.

Don Dedos comenzó a andar por la mesa, disimuladamente, con pasitos de bandido.

Los dos caballeros charlaban y fumaban dos puros. Y el monigote Don Dedos cogió una caja de cerillas y una barra de lacre que estaba allí, y con todo disimulo la puso debajo del ala del sombrero, para dejar así como una puerta a la caverna.

Y cuando más apasionada estaba la discusión de los señores, Don Dedos se acercó, cogió el cenicero con los dos puros humeantes, lo arrastró sigiloso... y lo metió debajo del sombrero y lo cerró. Después bajó por una silla hasta llegar a la altura del bolsillo de Nito y allí se coló.

Los caballeros fueron a seguir fumando y no encontraron sus puros. ¿Dónde estarán? Buscaron, buscaron... y nada.

De pronto vieron que el sombrero se movía solo, como si quisiera elevarse lentamente. Se dieron un susto espantoso. ¿Será el gato?

Lo levantaron y salió una cantidad de humo ahogadora que llenó la habitación.

Nadie pudo saber a qué sería debido aquello. Pero en el bolsillo de Nito algo se movía. Era Don Dedos, que se reía a carcajadas.

Juan Cachete.

Curiosidades. Paganini, el violinista italiano famosísimo, de joven tocaba por los cafés y mal ganaba para comer. Pero casi prefería jugarse las ganancias en apuestas.

Una noche que perdió su pequeño caudal apostó su violín, que no valía demasiado, y lo perdió. Advertido de ello un caballero francés que conocía las dotes de artista en Paganini, compró un violín admirable y dijo al músico:

—Tome usted. Se lo presto. Prestándoselo, espero que no sea capaz de ahogarlo otra vez, puesto que es usted una persona decente.

En efecto, Paganini, entusiasmado con aquel violín, no sólo no lo jugó, sino que se olvidó del despreciable vicio. Y entonces le regalaron el preciado instrumento.

Todos sabemos que el adorno es la preocupación de la mujer en todas las regiones del mundo.

Las plumas y las piedras preciosas suelen ser lo más importante de su lujo. También las pieles lo son. La Naturaleza lo ofrece todo, puesto que todo es Zoología y Mineralogía. La Botánica, con sus flores, ofrece a las damas adornos más lindos y sencillos.

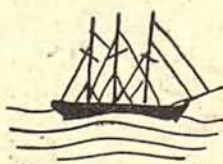
Pero las negras de Kisenyis (Africa) no necesitan nada de eso. Se hacen sus adornos sobre la piel, rayándose con cuchillos y quemando con ascuas las heridas.

¡Qué elegantes!

El M profe- sor sí.



Torres boca
abajo. Los
navíos mercantes.
Las cabras.



EL Gas y Bal charlaban así en la plaza:

—Yo tuve un perro—decía Mel—que le decíamos: “¿Dónde está Eusebio?”, y corría a buscar a mi hermano Eusebio por todo el pueblo: al colegio, a la plaza, a la huerta y a casa de todos sus amigos. Una vez se subió a un árbol, de propósito, mi hermano, y tardó hora y media en dar con él, pero le encontró. ¡Y qué alegría cuando le vió! Daba unos saltos que casi llegaba a tocarle... Se nos murió de viejo.

Bal contó de un perro de caza, de su primo, que un día cazó cuatro conejos él solito, y como no podía con todos se pasó la noche ladrando para que fueran a por ellos.

Hablando, hablando, llegó la hora de ir a clase, con el profesor Sí, y allá se fueron. Le encontraron poniendo una hoja de lechuga la canario. Y dijo:

—Venga la primera pregunta.

—¿Puede usted decirme—exclamó Mel—qué es el espejismo?

Sí, hombre. El espejismo es un fenómeno de la luz, de los rayos de luz que tienen las cosas, por el cual vemos cosas que no existen, o de forma distinta a como existen. Os lo aclararé. La luna brilla porque la da el sol, y así todos los objetos: mesas, montes, sillas, natillas, árboles o zapatos, despiden luz mientras algo les haga tenerla, sea la luz del día, una bombilla o lo que sea. De modo que todas las cosas despiden rayos de luz. Pero como el aire es más o menos pesado y tiene más o menos componentes, los rayos esos no vienen directos a nuestros ojos, sino que a veces se quiebran, se tuercen, como pasa cuando metéis medio bastón en el agua, que resulta como un poco doblado. Pues bien, al no llegar los rayos derechos, vemos algunas veces las cosas muy distintas de como son. Así resultan cosas tan raras como el parecer que va un barco levantado sobre el mar, o que se ve otro barco sobre el que verdaderamente hay, sino que boca abajo. En París, en 1890, se vió una torre Eiffel de punta sobre la otra, un día raro en que el aire tenía cierta densidad. En el desierto se ve, por ejemplo, una palmera como reflejo de otra en el agua, y resulta que no hay tal agua. Son cosas muy curiosas. Cuentan del expedicionario Wills, que vió una tarde frente a su barco una costa, y cuando amanecieron, ya no había tal costa. Había sido un espejismo. ¡Tendría gracia que el espejismo entrara en casa, y que vierais un caballo de cartón, y al irlo a coger hubiera sido un efecto de vista! ¿verdad?... Bueno, pregunte el amigo Gas.

—¿Sabe usted cuántos barcos mercantes se están construyendo?

—¿En el mundo? Sí, lo sé, aproximadamente: unos novecientos navíos. Ya veis que el mundo es grande. Ya veis que de parte a parte del mundo hay que atravesar mares que antes parecían infinitos a los hombres. Pero ya veis, también, cuántas embarcaciones se construyen, más los miles y miles que ya hay construídas. Este dato significa mucho, porque si ahora hay novecientas, al año que viene habrá más de mil en construcción, y todo esto indica que el mundo cada vez está más unido, más dominado, y llegará un momento en que podrán existir las patrias, pero la gran patria del hombre será la Tierra entera. ¡Todos hermanos al fin!...

—¿Quiere usted decirme, profesor, qué son las cabras cimarronas?—preguntó Bal.

—Sí; se llaman así a las cabras que han sido domesticadas por el hombre al cabo de los siglos, pero que al encontrarse un poco abandonado el rebaño se han escapado a la montaña agreste, y allí viven, habiendo vuelto a sus costumbres salvajes. “La cabra tira al monte”, dice el refrán. En las Baleares hay muchas. ¿No creéis que de abuelas a nietas se contarán su antigua vida de domesticidad, como los moros tienen todavía canciones de cuando eran dueños de Granada?

Mel, Gas y Bal se quedaron pensativos. Luego les dió permiso para salir.

Cincomanos.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

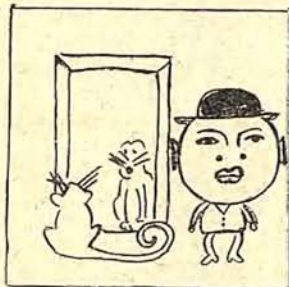
la persona, el animal, y el mueble.

LOS DIBUJOS INFANTILES.—Bases que habéis de leer con atención antes del envío:

1.ª Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.ª Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrupedo, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: EL PERRO, EL RATON Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."



31.—Paquita Hevia.
Arcila.



32.—Eusebio G. Gómez.
Valencia.



33.—Micaela Santiago.
Madrid.



34.—Rafael Palacios.
Madrid.



35.—Armando Plana.
Barcelona.

COMENTARIOS QUE HACE EL GATO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

31. Es soberbio el dibujo de Paquita. Así es Marruecos. Y hasta parece que también las montañas son camellos.—32. Ese gatito se está rizando el rabo al espejo, como los señores se rizan el bigote.—33. ¿Por qué está desganado el perrito de Micaela? Porque está emocionado al verse tan bien dibujadito.—34. Príncipe indio. ¡Muy bien! En cambio Rafael es un príncipe madrileño de la pintura.—35. Esto de Armando es una cosa seria, amigo. Tienes buen gusto.

RESULTADO DEL CONCURSO

Reunidos sobre una mesa el perro, el ratón y el gato, y examinados todos los dibujos publicados hasta hoy, deciden dar el premio de dibujo salado al número 4, de Angeles García, por esa silla y ese gato de cabeza blanca. Y el premio de buen dibujo al número 35, de Armando Plana, Barcelona, por la colocación decorativa de los tres elementos. Ambos recibirán los paquetes de libros, ya que han enviado sus señas.

En Villacaballos



Un guardia de Villacaballos de Cartón detiene al cartero y le dice:

—¿Dónde vas tan de prisa, Macario?

—Ya ve usted, señor Abdón: a llevar un paquete de libros que había pedido el hijo del secretario a la Librería Fe, de Madrid, Puerta del Sol, 15.

—¿Y qué libros son?

—Los de este mes, de las BIBLIOTECAS POPULARES CERVANTES, que por cinco pesetas mensuales envían cuatro libros de 2,50. Conque eche usted la cuenta.

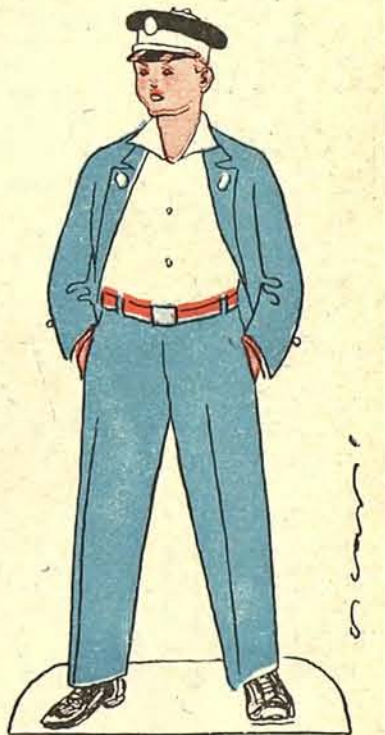
—¿Y cómo hay que suscribirse?

—Pues escribiendo claras las señas y diciéndolo al Apartado 33, de Madrid.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

todo el pueblo de Villacaballo de cartón



EL GATO ADIVINO

Cupón D para el envío de las soluciones correspondientes a los números 1, 2, 3 y 4.

LA FRASE

DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 4 pertenece al capítulo

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 ó 42 de esta serie.)

CUARTO PLIEGO.—45. El capitán Calatrava del Castillo, que había sido de Infantería y en la guerra ató a un enemigo con el barboquejo.—46. El sargento Serrades, que, en unión del guardia Pedro, cogió a seis ladrones que se llevaban un toro que habían matado.—47. El sargento Gómez, al que todo el mundo llama el cabo *Barbas* y le tienen miedo.—48. El guardia Pedro.—49. El guardia Aristides, que daba un tiro a una mosca a doce metros.—50 y 51. Los guardias Juan y Ambrosio, que encontraron dormido al famoso bandido *Matamuchos* y le metieron la cabeza en un saco.—52 y 53. Los guardias Timoteo y Blas, que cogieron a uno cazando conejos y no lo llevaron a la cárcel porque era demasiado pobre.—(Esta es la caricatura del cabo *Barbas*, por el caricaturista del pueblo.)—54. El padre Mantilla, sabio físico, director del colegio.—55. Manolito, que sabe mucha Geografía, y lee muchos periódicos infantiles.—56. Antoñito, que le puso a Manolito un muñeco de papel en la espalda.—57. Gabriel, fuerte, que levanta un compañero cogido por el cinturón.—58. Alberto, que salta más que nadie.—59. Bruno, que es el que más come.—60. Luis, que hace chistes y sabe Aritmética como nadie.—En el próximo número, futbolistas, niños de colegio y un balón!

(Dibujos de Qsqr.)

CUPON GEOGRAFICO

En la provincia de
..... lo mejor
es

La sección que más me gusta en el perro, el ratón y el gato es

y la que menos

LO QUE HA PASADO ESTA SEMANA EN VILLACABALLOS DE CARTÓN

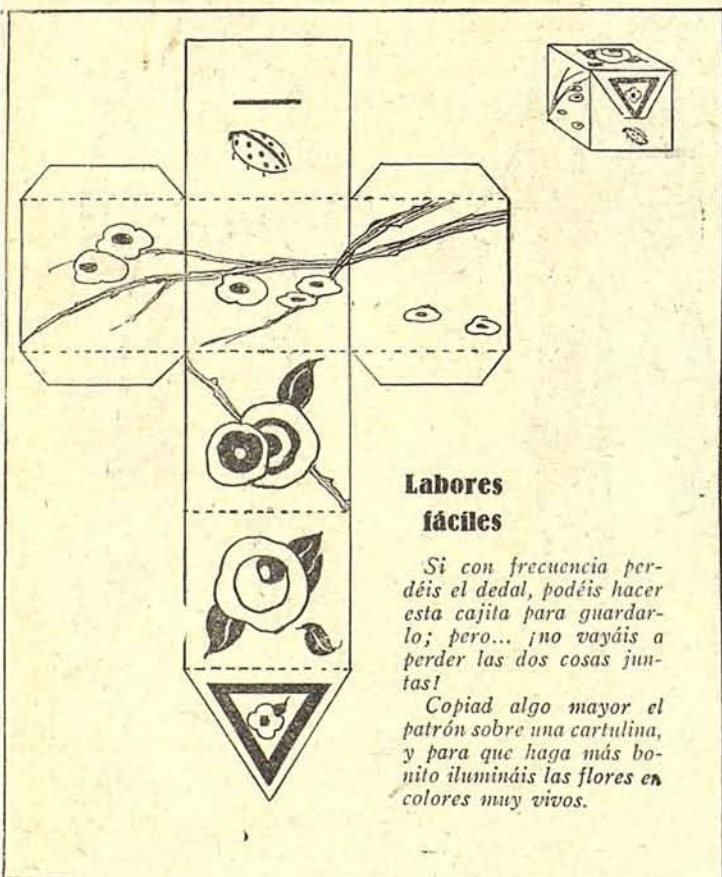
En el número 7 aparecerá el periódico de Villacaballos; pero entretanto, vamos a dar algunas noticias por nuestra cuenta.

Esta semana, poco de particular ocurrió. La hija del Alcalde perdió el dedal, y, entre ella y su hermano Pepito se hicieron una caja para el dedalito, exactamente igual a la que publicamos en esta página.



Además, este mismo Pepito subió el jueves a la montaña con sus amigos Luis y Alberto, que se publican hoy, y les siguió durante mucho rato una loba que tenía por allí sus lobeznos.

Tuvieron que trepar a un árbol, y allí esperaron a que pasara la pareja de la Guardia civil de diario, que tiraron un tiro y la hicieron huir.



Pepito ha regalado a cada guardia una caja de guardias civiles de plomo, para sus hijos, en agradecimiento.

Otra cosa que ha pasado es que vinieron a Villacaballos unos jóvenes forasteros en automóvil; se fueron a media noche... y, de pronto, notó un sereno que estaba abierto el palacete de verano que tiene aquí el marqués de Pinorrojo.

Llamaron al jefe municipal; entró y se encontró al guarda y a la guardesa atados y con las caras tapadas.

Dijeron que los ladrones les habían sorprendido durmiendo, y cuando les despertaron ya tenían las caras tapadas.

El jefe de municipales vió que faltaban cubiertos de plata, copas ganadas por el marqués en el *tennis*, y muchas cosas más. Los ladrones habían dejado las huellas de los dedos en el cristal de las vitrinas.

Como los guardas se hubieran podido desatar el uno al otro y no lo habían hecho, el jefe de municipales sospechó de ellos, y sacó la huella del dedo del guarda.

En efecto: se ha descubierto que ha sido un robo, para el que estaban complicados los guardas con los del *auto*, que ya han sido detenidos en Madrid, gracias a los detalles que le han hecho decir al guarda.

También se llevaron los ladrones unos números de esa gran revista que se llama *Cosmópolis*, que cuesta sólo una peseta, y tiene muchas fotografías, información, literatura y sección infantil.

Entre las copas había una ganada por un galgo, que saldrá un día en los pliegos de Villacaballos; porque un día vamos a publicar toda una Exposición Canina.

El Ratón Bombón.



ME fué simpático un muchacho como de unos doce años de edad, vestido con limpio mono de mecánico, pelado con mucha gracia y de ojos azules.

A él también le debió ser simpática mi cara de botijo. Estábamos arrimados a un árbol, viendo jugar al diábolito a un quequeñín. Y le pregunté:

—¿Eres ya mecánico?

—No, señor. Soy de la Escuela de Orientación Profesional.

Eso me alegró mucho. Yo he visto un día esta Escuela madrileña, con sus amplios salones limpios y modernos, donde se estudia la carpintería, la cerrajería, la hojalatería y otras cuantas profesiones de la vida. Y digo que se estudian, porque la civilización tiende a que cada hombre se especialice en una cosa, bien estudiada, y de ese modo, de cada cosa se sabrá más en el mundo.

En los modernos países, cuanto más civilizados menos diferencia hay entre las profesiones y las carreras, porque todos estudian, todos saben, y es muy natural que poco a poco se tienda a que todos los hombres merezcan vivir igual.

—Y, dime—le digo al chico de ojos azules—, ¿para qué sirve la Escuela de Orientación Profesional?

—Pues, mire usted; es que antes, y en muchos sitios todavía, se les mandaba a los chicos pobres a los talleres para que aprendieran un oficio, y se tardaba mucho en aprender, porque en los talleres no estaban para enseñarnos a nosotros, sino para ganar, y a nosotros nos mandaban a recados, o barrer, o a por agua... y se tardaba mucho en saber algo, y además no se tomaba cariño al oficio.

—¿Y con esta Escuela?

—Con esta Escuela se nos observa a todos, a ver qué profesión nos gusta más, y luego nos enseñan, poniendo en nuestras manos toda la herramienta de cada oficio. Pasamos dos meses por cada taller, y en ese tiempo ven para lo que servimos cada uno. Y así da gusto trabajar.

—Bien, muchacho; cada vez estáis los niños mejor tratados, y cada vez os ponen en mejores condiciones de que os hagáis hombres sin apenas sacrificio.

Le di un abrazo de escoba y nos despedimos.

El Mago Botijo.

El trigo vale siempre, por mucho trigo que hubiera en el mundo, porque siempre tiene una utilidad. Mientras haya trigo, podremos calmar el hambre diaria con el pan.

Pero otras cosas, como las piedras preciosas o el oro, nada valdrían, y la escasez las hace ser un lujo.

El oro vale más que la plata porque hay menos oro en el mundo; pero si un día se descubriera una inmensa mina de la que se sacaran a millares y millares las toneladas de oro, el oro llegaría a perder su valor, porque apenas para nada serviría.

Si todos nos lo propusiéramos, las piedras preciosas no valdrían nada. En cambio, dice el refrán: "No por mucho trigo es mal año".

Unos creen en la adivinación del pensamiento; otros lo niegan rotundamente, oponiéndose a que puedan acertarse, de lejos ni de cerca, las ideas de otra persona.

¿Quién tendrá razón? Sin duda, en los adivinadores del pensamiento que existen en los teatros hay que suponer que casi todo es trampa.

Pero también hay que tener en cuenta que la Radio parece que adivina lo que se está diciendo a muchas leguas, y, sin embargo, no hay tal adivinación. Es puramente científico? No se llegará a cosa parecida con el pensamiento?...

Los indios mejicanos tienen la creencia de que tomando una hierba que ellos llaman yajé, ven los objetos perdidos y aciertan de lejos cuanto les pasa a las personas conocidas por ellos.

Nosotros no lo creemos todavía ¿Y vosotros?

El mago botijo



En la Escuela de Orientación Profesional. Lo que dice un alumno.



Curiosidades.



EL rey de Esterona, llamado Juan Luis, tenía tres hijos: Alberto, Juan y José, y había estado en guerra con Soladuría, pueblo civilizado, que, como el rey Juan Luis, había empleado aeroplanos, submarinos, gases asfixiantes y todos esos espantos de la civilización.

El príncipe Alberto, que debía reinar a la muerte de Juan Luis, había estado valiente en la guerra, y el haber respirado los terribles gases del enemigo le había puesto tan enfermo, que llevaba un año en la cama, con los brazos y las piernas como de muerto, y alimentándose con lo que le echaban en la boca cuidadosamente el rey Juan Luis o sus hijos Juan y José, ya que, además de haber enfermeras, jamás le dejaba solo su real familia.

Sucedió que un sabio médico, después de analizar cuidadosamente la sangre de Alberto, y de haber consultado con otros médicos, comprendió que sólo le curaría el extracto de cierta flor morada, que había que inyectarle al príncipe, para que ese extracto acabara con el veneno de su sangre.

¿Dónde estaba esa flor? Nadie lo sabía. El médico conocía su existencia por libros antiguos, que no decían dónde se criaba.

—¡Yo iré a buscarla!—exclamó el príncipe Juan, deseoso de salvar a su hermano, a pesar de que la muerte de Alberto le hubiera hecho a Juan príncipe heredero.

—¡Yo iré, yo iré!—exclamó el príncipe Pepe con el mismo deseo. Y los dos miraban ansiosamente al rey Juan Luis, deseosos de ser designados por él.

Entonces el rey, con lágrimas de alegría en los ojos, al advertir cuánto se querían los tres hermanos, dijo:

—Sólo irá uno a correr esa aventura, porque otro debe quedarse con el hermano enfermo. Sólo irá el más fuerte. Quiero verlos echar un pulso sobre esta mesa.

Lo echaron; el rey estaba de árbitro; cada uno apretaba con toda el alma, con el fervor, con el ansia de ser elegido. Pero el príncipe Pepe había jugado mucho al fútbol, había lanzado el disco en los campos de gimnasia, subía a pulso a los trapecios... y triunfó, aunque con la cara llena de sudor.

Juan y Pepe se abrazaron luego. Este preparó las armas y el traje de montaña, dió un beso en la frente a Alberto, puso su frente para que el rey se la besara y partió a la aventura.

Paco Metro y Pico.

Del rey francés del siglo XIV, Carlos VI, el Bien Amado, cuéntase que por divertirse en un baile de máscaras en su palacio se vistió, con otros nobles, de salvaje. Para ello llenó todo su cuerpo de pez, y luego se pegó plumas de ave.

Pero lo terrible es que las plumas y la pez se le prendieron con un hachón de los que alumbraban el salón, y hubiera muerto abrasado si no acudieron todos en su auxilio.

Más le hubiera valido, porque se volvió loco y el pueblo le arrojó del trono.

Bromitas del Carnaval de hace seis siglos.

Muchas veces vemos esos pastores, silenciosos, que siguen al ganado con paciencia, sin entretener sus vidas en algo útil, o ni siquiera divertido.

Sin embargo, en Suiza suelen ser ellos los que hacen esos curiosos juguetitos de madera—mesas, escaleras, figuras—que luego se venden en los bazares baratos.

Y en Nueva Zelanda, donde tanta influencia inglesa se advierte, los pastores, mientras pasta el ganado, se dedican hasta a jugar al aristocrático deporte del golf a la vista de las ovejitas.

El príncipe pp.



El príncipe y los gases asfixiantes. Un pulso y el rey por árbitro.



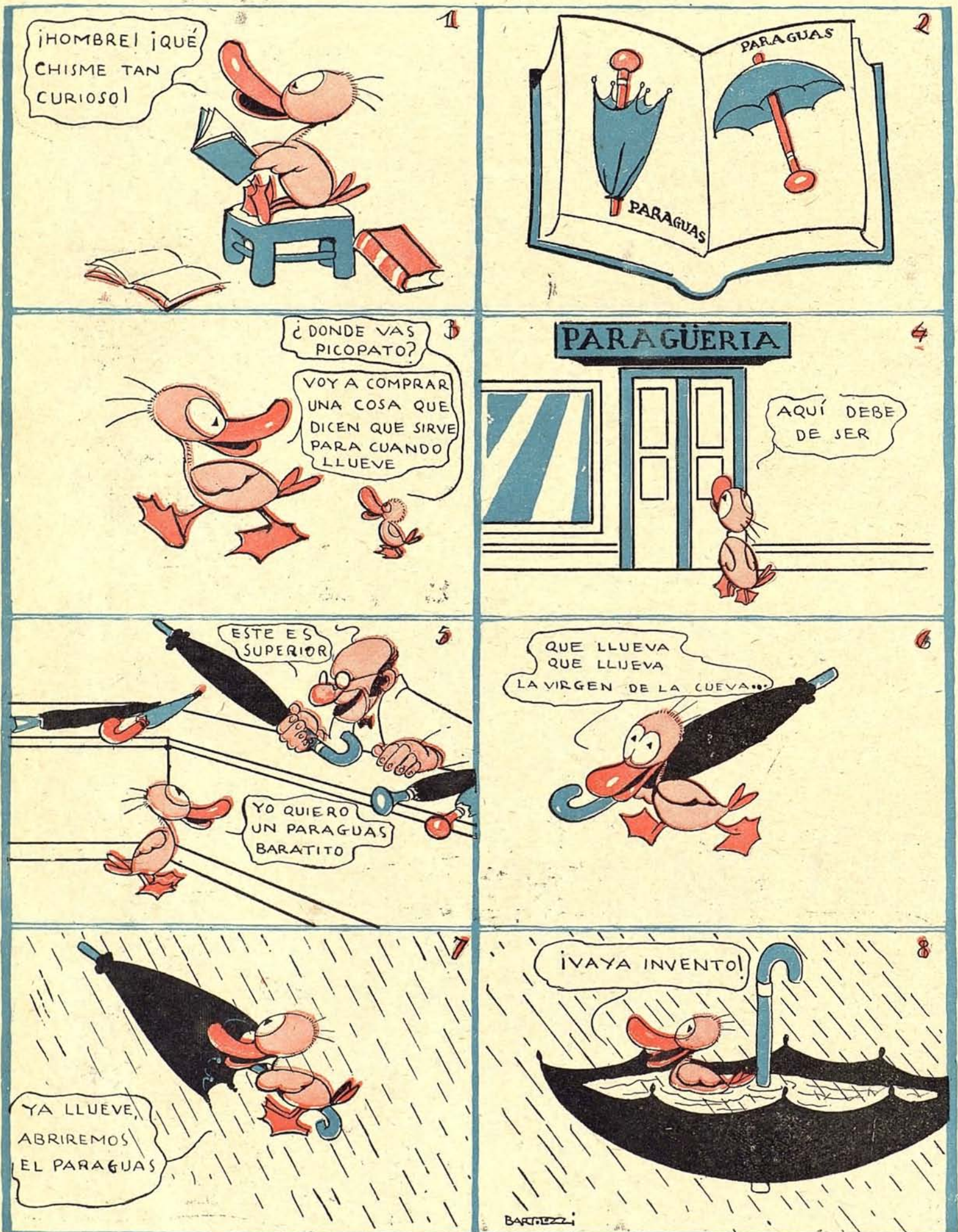
Curiosidades.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

PICOPATO Y SU PARAGUAS



Los domingos de Chin y Bely

Salieron *Chin* y *Bely*, como todos los domingos, al bosque; iban alegres, cantando eso de «quién fuera tan alto como la Luna, ¡ay, ay!»...

Una vez tropezó *Bely* en una raíz saliente y cayó al suelo, abrazando en la caída la cabeza de su muñeca para que no se hiciera pupa. Y al llegar al suelo, todas las florecillas se ponían para que cayera sobre ellas y no se hiciera daño. Tenían una gran simpatía por esas dos hermanas, de las cuales una era niña y la otra muñeca.

—Nada, nada; no ha sido nada—dijo para no asustarlas; pero llevaba un hilito de sangre en la rodilla. Entonces, una paloma campestre trajo en el pico un poquito de pluma de sus pichoncines y con ello se limpió *Bely*, mientras la paloma le decía:

—Aquí te queremos bastante. Pero más adentro del bosque no llegues, que están las fieras y son peligrosas. Ayer ha entrado el niño de un leñador y todavía no ha salido.

—¿Es verdad eso? Entonces, vamos hacia dentro. Hay que buscar a ese muchacho. La paloma se quedó pensativa, y exclamó:

—Esto es una lección que me das. Yo no me hubiera internado por miedo a las águilas, que se desviven por comerse las palomitas. Pero tú me das esta lección de valor. Así es que iré yo también para guiarte. Yo voy por el cielo, y tú me sigues, y desde arriba buscaré al niño mejor que desde abajo.

—Pero no vengas tú. Que venga un palomo fuerte. Tú estate con tus hijitos.

—No, no. Quiero ser yo. Así como tú eres una niña de sentimientos tan buenos, que te sacrificas con más amor que un niño aventurero, así también yo iré mejor que el palomo, porque sé la alegría que le dará a la madre del leñadorcito que aparezca su hijo.

Y se lanzaron a la aventura. Por el cielo iba la palomita blanca, que era precioso verla, y por el bosque *Bely* y su muñeca.

De pronto se perdió la senda, pero siguieron a la paloma atravesando campo.

Ya oyeron gemidos. Por fin vieron al niño llorando:

—¿Qué te pasa?

—Que porque he echado un lazo a un nido de buitres, para ver si cogía un pollo, se han reunido cinco o seis grandes, y con las garras y el pico han deshecho el camino, lo han tapado con ramas, y no sé salir del bosque. ¡Malditos sean!

—¡Calla, calla! ¿Tú no sabes que las madres sufren horriblemente cuando se las quiere quitar un hijo? Eso no debe hacerse, muchacho. Y tú menos, porque tienes cara de bueno.

En esto vieron que se iban reuniendo más buitres, y que todos se preparaban para darles la batalla. *Chin* estaba asustadísima. Pero *Bely* dijo:

—No te asustes, niña mía. Ahora, que si no es «por las buenas», perdemos la batalla. Trepemos por las rocas hacia el nido...

Treparon. El leñadorcito, aterrado, las ayudaba a subir, temiendo que aquello era acercarse al peligro. Según subían, la muñeca dijo:

—Como yo no soy más que una muñequita, no te importe dejarme en el nido, a cambio de que le dejen salir a este pobre niño.

—No, no; o nos salvamos los tres, o perecemos los tres.

Llegaron cerca del nido. La madre se acercó con cara terrible. Pero *Bely* la dijo:

—Tiene usted unos hijos saladísimos.—Y era verdad que eran feos, pero salados; de pequeños, todos los bichos son graciosos.

La madre escuchó aquel elogio, y eso la supo bien. Y hasta les dejó acercarse un poco más. Y *Bely* añadió:

—No os asustéis, chiquillos..., no os hago nada. ¿Queréis ver este libro de estampas? —les enseñó el que llevaba para leer en las sombras del bosque.

Chin dijo a la hermana mayor:

—Si les haces pajaritas, se divertirán más.

Sacrificaron el libro y les hizo pajaritas, muchas pajaritas. Y los tres pollos de buitres dieron en comérselas, y no dejaron nada más que las pastas del tomo.

La madre, muy agradecida a las niñas, exclamó entonces:

—Si no saben ustedes salir, sigan mi vuelo. Perdonaré a este niño, que me supongo que no volverá a tocar ningún hijito de nadie.—A lo que él contestó que no. Ahora era el buitre quien amablemente les guió. Salieron al caminito, el leñador se despidió con lágrimas en los ojos, y su madre regaló luego a

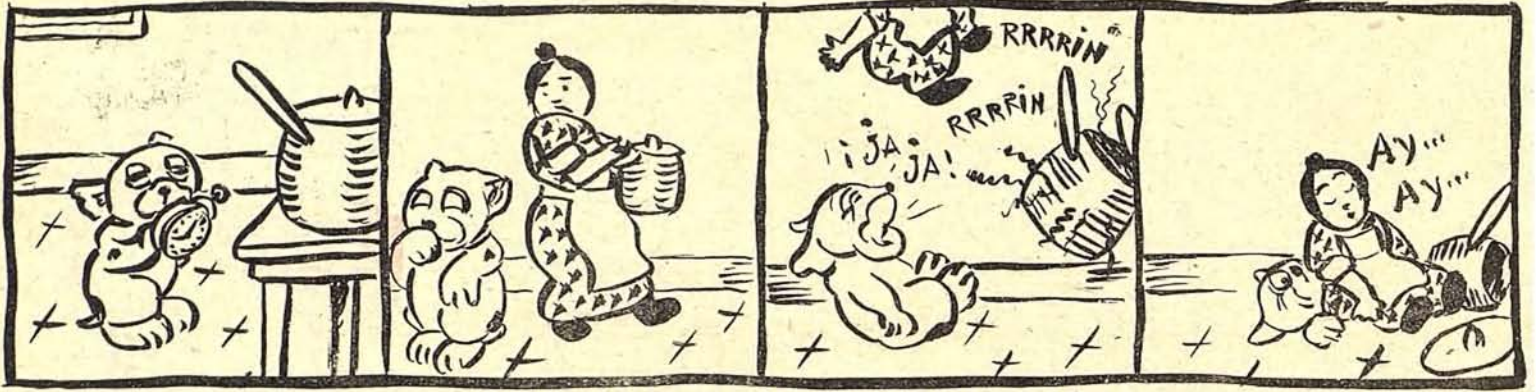
Chin y a *Bely* muchos libros con estampas, ya que por su hijo habían roto uno y habían arriesgado la vida.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

un rato de risa



EL DESPERTADOR DE "LUCERITO"

—Voy a meter el despertador en la cacerola.

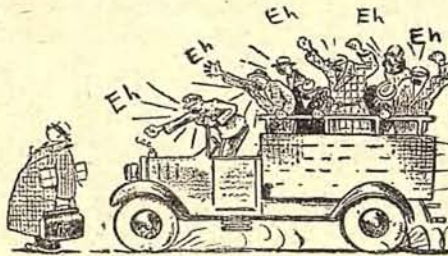
—Que no note que me río.

—¡Ja, ja! ¡Qué susto tan grande se ha dado al sonar el despertador!

—Pero yo he sido víctima. ¡Me ahogo!



—¡Magnífico! Al fin hemos encontrado un puente y podremos pasar al otro lado.



—¡Qué extraña es mi sordera! Soy como una tapia, y a veces oigo hasta el zumbido de una mosca.



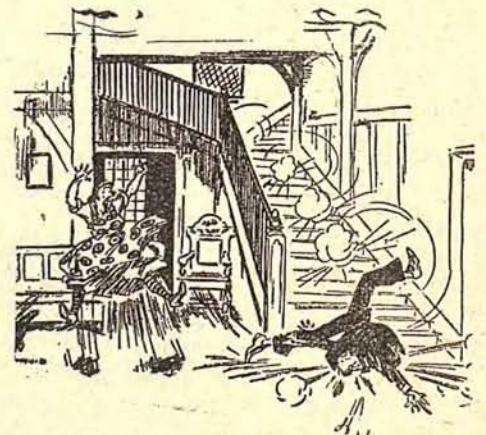
—Eres un mamarracho.
—¿Qué has dicho?
—¿No lo has oído?
—Si lo llego a oír te sacudo, porque a mí nadie me llama mamarracho.



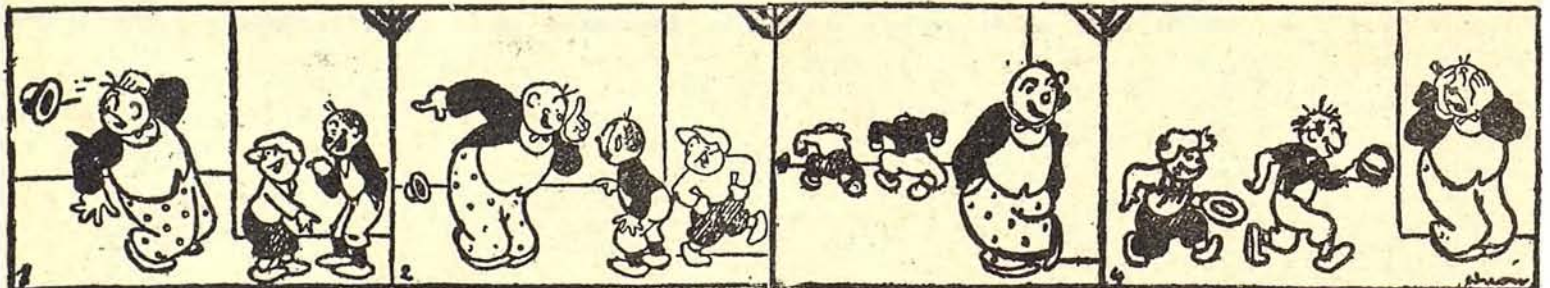
—Papá, me dijo ayer Julito que su padre le puede a usted.
—Le dirías a Julito que no volviera a dirigirte la palabra...
—Quedamos en que hoy vendría su padre aquí a demostrarlo.



—Maridito: ya que tú no puedes montar en el tranvía por llevar mis paquetes, sácate del bolsillo veinte céntimos para ir yo.



—¿Cómo baja tan pronto? ¿Es que no está su suegro?
—Es que está.



EL SOMBRERO VOLADOR

—¡Oh! El viento se lleva mi bello sombrerito.

—Niños: una peseta al que me lo traiga.

—Estos niños son listos y me lo traen seguro.

—¡En dos pedazos!!
—Venga una peseta a cada uno.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

resultó ser mucho más: ilusión muy frecuente en la atmósfera cristalina de estas elevadas regiones. Una protuberancia o caballete atravesaba la llanura de Este a Oeste; su cumbre estaba cubierta por espesos cactus, hacia los cuales me dirigí. Desmonté al pie de esta eminencia, y, después de haber conducido mi caballo hasta los cactus, le até a una de las ramas. Terminada esta operación, me deslicé con el mayor cuidado por entre las espinosas hojas hacia el punto donde había creído ver la caza. Con gran alegría por mi parte vi, no a un antílope, sino a dos de estos graciosos animales paciendo tranquilamente a lo lejos, pero estaban fuera del alcance de mi rifle. Me separaba de ellos una distancia de 300 yardas, y estaban en un punto donde no se veía el más pequeño arbusto que pudiera servirme de emboscada en el caso de que intentara aproximarme. Estuve quieto durante algunos minutos, pensando en las diferentes estratagemas que se usan para la caza del antílope, y no sabía si emplear la imitación de su voz o izar mi pañuelo para excitar su curiosidad. Estaban inquietos, porque a muy cortos intervalos levantaban sus graciosas cabezas y miraban a su alrededor. Me acordé de la manita encarnada que tenía a la grupa de mi caballo, la cual, extendida sobre los cactus, atracera, tal vez, a los antílopes. Como no tenía otra alternativa, iba a volverme en busca de la manita cuando tropezaron mis ojos con una línea blanquecina que atravesaba la pradera, más allá de donde se encontraban los animales. Debía ser una greta de llanura, un camino trazado por el paso de los búfalos o el lecho de un arroyo; en cualquiera de estos casos allí estaba el abrigo que necesitaba, porque los antílopes no distaban de él sino unas cien yardas e iban acortando esta distancia conforme pacían. Salí de entre los cactus, y, deslizándome al pie de la eminencia, me dirigí hacia el punto indicado. Con gran sorpresa, por mi parte, me encontré a la orilla de un ancho arroyo, cuyas aguas cristalinas corrían sobre un lecho de arena.

y me he puesto el collar del sacrificio. Ahora ya no mataré a nadie. He emprendido una vida santa. Venid aquí todos, que voy a predicaros.

Los ratones creyeron sus palabras. Venían todos los días por la mañana en busca del gato y oían su sermón. Pero el gato, cuando los ratones, después de oído el sermón, volvían a sus agujeros, cogía siempre al último. Los otros no notaban nada. Entre estos ratones había dos patriarcas. El uno se llamaba *Ligero* y el otro *Rubito*. *Ligero* trepaba por las plantas, cortaba las espigas y las tiraba al suelo. *Rubito* las llevaba a la cueva. Todos los ratones comían, bebían, se daban buena vida y escuchaban el sermón del gato.

Un día el gato cogió al ratón *Ligero*. Cuando los otros llegaron a su cueva notaron la falta de *Ligero*. Antes, apenas cabían los ratones en la cueva; pero al contarse ahora hallaron que de los mil faltaban ciento.

Entonces los ratones recurrieron a una astucia. Escondieron a un ratón para que prestara vigilancia. Fueron al sermón y regresaron luego a la cueva. El gato cogió al último ratón. Pero lo vió el que se ha-

como si un monstruo subterráneo estuviera tirándome por debajo. Este pensamiento me inspiró nuevo terror y grité pidiendo socorro. ¿A quién? No existía ser humano en muchas millas a la redonda, ni un ser viviente. ¡Sil! El relincho de mi caballo me contestó desde la colina, como una burla a mi desesperación. Me incliné hacia adelante tanto como mi forzada posición me lo permitía, y con los dedos empujé, frené, a separar la arena. Apenas podía llegar a la superficie y el pequeño hoyo se volvía a llenar, casi al mismo tiempo que lo formaba. Se me ocurrió una idea; quizá serviría mi rifle para sostenerme horizontalmente. Lo busqué a mi alrededor, pero no pude verle; la arena lo había sepultado. Tampoco podía echarme de boca para evitar el hundirme por más tiempo, porque el agua tenía en aquel sitio dos pies de profundidad y me hubiera ahogado. Esta última esperanza me abandonó con la rapidez que había empleado para concebirla. No se me ocurría ninguna idea para salvarme, no podía hacer nuevos esfuerzos. Un estúpido exaltado se apoderó de mí y hasta mis pensamientos parecieron paralizarse. Vi que iba a volverme loco; por un momento lo estuve. Pasado un intervalo, recobré mis sentidos. Hice un esfuerzo para librar mi mente de su parálisis, para hacer frente a la muerte, que creía cierta. Permanecí derecho. Mis ojos estaban a nivel de la pradera, fijos en las sangrientas víctimas de mi crueldad. Mi corazón estaba torturado por el remordimiento ante aquel espectáculo. ¿Sufría yo el castigo de Dios? Humilde y penitente volví los ojos al cielo, casi temeroso de descubrir en él algún signo de cólera omnipotente. Pero no; el sol brillaba esplendente y el firmamento azul no tenía una nube. Levanté los ojos y rogué con el fervor que solamente conocen los seres que se han visto en una situación tan pelagrosa como la mía. Entonces divisé un objeto que atrajo mi atención. Era un ave de gran tamaño, que se dibujaba sobre el cielo.

só el hijo del sabio en su corazón: "Me da siempre una moneda de oro. Esto significa que posee una gran sartén llena de monedas de oro. Voy a coger la sartén."

Concibió este plan insensato y un día cogió un bastón, lo escondió debajo de la alfombra en que se sentaba, y comenzó su lectura. Al terminar ésta, la serpiente puso en el suelo la moneda de oro y se disponía a deslizarse hasta su vivienda, cuando el sabio alzó contra ella su bastón y le dió en la cabeza. Por efecto del golpe se rompió una piedra preciosa que en la cabeza llevaba la serpiente llena de veneno. Se puso furiosa, se volvió y mordió al sabio, y cuando le hubo mordido se arrastró hasta su vivienda. El hijo de Dedal murió de la mordedura. Diez días después, estaba de vuelta el sabio. Volvió a leer ante la serpiente y ésta entonces le dijo tristemente desde su vivienda la siguiente estrofa:

—Estoy triste porque mi piedra preciosa se ha roto y tú lamentas a tu hijo. ¿De dónde ha de venir el consuelo cuando el corazón está destrozado?

— 27 —

Me! primer impulso fue volver a cargar el arma y matar al segundo animal, pero su triste voz me llegó al corazón, desvaneciéndose por completo mis intenciones hostiles.

Si hubiera llegado a imaginarme que iba a presenciar aquel penoso espectáculo, no me hubiera separado de mis compañeros. Pero el daño estaba ya hecho, y como el resultado había sido peor que si hubiera matado a aquel infortunado animal, me decidí a poner un término a su dolor.

Guiado por este principio de común, pero fatal humanidad, volví a cargar mi rifle y con mano temblorosa apunté e hice fuego.

Cuando se disipó el humo, vi a mi segunda víctima desangrándose sobre la hierba y su cabeza apoyada sobre el cuerpo de su compañero asesinado.

Me eché al hombro el rifle, e iba a dirigirme a donde yacían los antilopos, cuando noté con el mayor asombro que no podía mover los pies. Estaba fijo en un punto, como si mis piernas hubieran sido atorilladas en el suelo.

Hice un esfuerzo para desprenderme y después otro con mayor violencia, pero sin ningún éxito; al tercero, perdí el equilibrio y caí de espaldas en el arroyo.

Medio sofocado por el agua, logré levantarme; estaba tan clavado como antes.

Luché aún para liberar mis miembros, pero no podía imprimirles el menor movimiento hacia fuera, al contrario, observé que me iba hundiendo gradualmente. Entonces me vino a la mente la terrible verdad: "¡Estaba en un remolino de arena!"

Un sentimiento de terror se apoderó de mí. Renové mis esfuerzos con la enérgica de la desesperación. Me incliné a un lado, después del otro, dislocando casi mis rodillas; mis pies estaban cada vez más clavados; no podía moverlos una línea.

La menuda arena subía ya hasta la altura de mis botas de montar, oprimiéndolas fuertemente por el tobillo, de manera que me era imposible salir de ellas; y observaba que me iba hundiendo, lenta pero continuamente,

— 26 —

Las orillas eran muy bajas, pues no excedían de tres pies sobre el nivel del agua, excepto donde la eminencia seguía la dirección de la corriente. En este punto se elevaba un montecillo, cuya base rodeé, y me encontré en el lecho del agua.

Como me había figurado ya, el torrente, después de seguir paralelo a la eminencia, torcía de repente a un lado, cortándola como un canal. En aquel sitio me detuve y miré con muchas precauciones sobre la orilla.

Los antilopos se habían acercado al arroyo y estaban al alcance de mi rifle, pero no desde el punto donde yo los contemplaba. Pacían tranquilamente, sin presentir el peligro que les amenazaba. Volví a inclinarme y a proseguir mi marcha.

Era difícil continuar de aquella manera. El terreno por que iba pisando cedía a mi peso, lo cual me hacía caminar despacio y en silencio, para no alarmar a la caza. Sin embargo, la expectativa de carne fresca para cenar compensaba mis trabajos.

Después de caminar de este modo durante algún tiempo, llegué a un sitio donde crecían, apartados de la orilla, unos arbustos espinosos.

— Deben ser bastante altos para servirme de abrigo, pensé en mi interior.

Me fui levantando gradualmente hasta que pude ver a través de las hojas. Estaba en el paraje más conveniente. Apunté cuidadosamente con mi rifle al corazón del macho e hice fuego. El animal dio un salto y cayó sin vida en el suelo.

Iba a acercarme corriendo a mi víctima cuando observé que la hembra, en vez de huir de donde se hallaba, como creía natural, se aproximó a su compañero caído y empezó a olfatearlo. Como no me separaba del animal más que una distancia de veinte yardas, pude ver perfectamente que su mirada era investigadora y de asombro. De repente pareció que había comprendido la fatal verdad, porque echó hacia atrás la cabeza y lanzó una serie de gemidos quejumbrosos, al mismo tiempo que trazaba círculos corriendo alrededor del antilope muerto.

UN GATO HIPOCRITA

Una vez había una ciudad llamada Chipur, en la que reinaba el rey Sudarchan. En esta ciudad tenía su tienda un comerciante. Un día dejó abierto un puchero lleno de manteca. Para comerse la manteca, un gato metió a la fuerza su cabeza en el puchero y luego no pudo sacarla. Estando el comerciante en el almacén, oyó ruido en la tienda, salió para ver lo que pasaba y se encontró con la cabeza del gato en el puchero. Entonces el comerciante cogió al gato y quiso sacarlo, pero no lo consiguió.

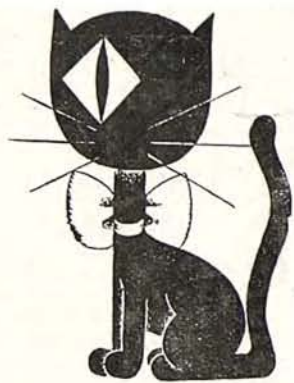
Movido de compasión, rompió el puchero. Pero el cuello de éste quedó adherido al del gato. Cuando el comerciante se disponía a romper el cuello del puchero, desapareció el gato y echó a correr por el campo. Los campos estaban espigados. El gato se escondió en un campo. Pero en él vivían mil ratones, que al ver al gato huyeron. El gato entonces les gritó:

—Acabo de llegar de un lugar de peregrinación



...metió a la fuerza su cabeza en el puchero y luego no pudo sacarla.

página del gato adivino



La frase de Don Quijote

Una bicicleta, y en la "bici" una muñeca, y en la muñeca un bolsillo, y en el bolso MIL pesetas.

Las bases de este concurso van a ser las siguientes: 1.ª Don Quijote de la Mancha tiene 126 capítulos. Nosotros vamos a publicar 42 cupones, uno en cada número. Y en cada número una frase de Don Quijote. 2.ª Debe averiguarse a qué capítulo pertenece cada una de las frases, con la particularidad de que la cosa será muy sencilla, porque la frase publicada en el primer número pertenecerá solamente a uno de los capítulos I, II y III; la publicada en el segundo, a los capítulos IV, V y VI; la tercera, a los VII, VIII y IX, y así sucesivamente. 3.ª No se nos enviarán los cupones uno por uno, ni los daremos por recibidos cuando los recibamos antes de publicarse el cupón número 42. Entonces, todos juntos, es cuando deberán llegar a nuestras manos. 4.ª Perdonamos la pérdida hasta de dos cupones. Pero el que nos envíe menos de 40 no será admitido. El que nos envíe 40 o 41, mandará unos papeletos sustituyendo a los que faltan. 5.ª El premio se dará al que adivine las cuarenta y dos veces los capítulos a que pertenece cada frase, cosa muy sencilla. 6.ª Si más de un concursante acertara exactamente las cuarenta y dos veces, se rifará el premio entre cuantos sean. 7.ª El premio, que daremos con todas las garantías de honradez, consistirá en una soberbia bicicleta, una saladisima muñeca de trapo, un bolso, y en el bolso MIL pesetas. ¡Animo! En esta página encontrareis la frase del segundo número.

Concurso mensual de pasatiempos

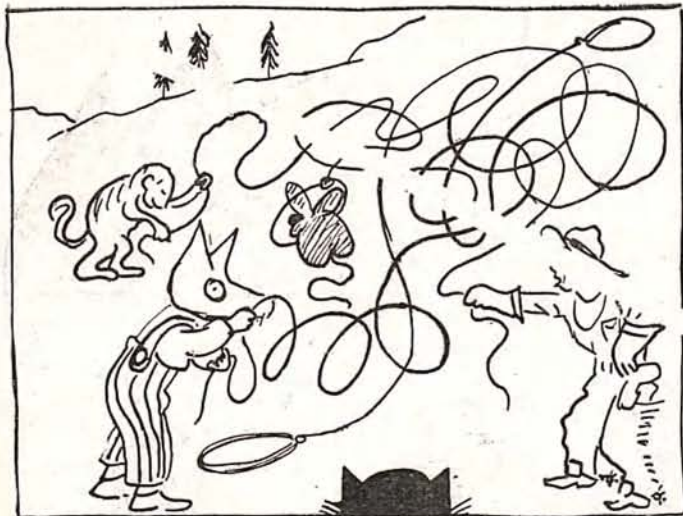
Premio: Un precioso mecano y varios libros

El concurso mensual de pasatiempos de este mes consiste en las siguientes cosas: 1.º El cuento incompleto.—2.º El parecido de un amigo. 3.º Los versos roídos. Y 4.º El juego de iniciales. Entre los que envíen las dieciséis soluciones exactas de los cuatro primeros números, o entre los más aproximados, rifaré un precioso "Mecano" y libros, y para segundo y tercer premios, libros de admirable literatura. El resultado del concurso se publicará en el número 7 o el 8. Son precisos los siguientes requisitos: 1.º Enviar los cuatro cupones A, B, C y D, que iré publicando en números sucesivos. 2.º Enviar juntas las dieciséis soluciones de los cuatro primeros números. Y 3.º Que yo reciba las dieciséis soluciones después de publicarse el número 4 y antes de publicarse el 5, y en cartas brevísimas, sin más que una lista de dieciséis números con las dieciséis soluciones al lado. Con que leed detenidamente las bases de los dos concursos (porque una equivocación os puede llevar al fracaso), y escribidme a estas señas: "El Gato Adivino.—Apartado 33.—Madrid."

EL GATO ADIVINO

EL CUENTO INCOMPLETO

Pasatiempo número 13.



A LA CAZA DE DON BOMBÓN

El perro, el niño y el mono pretenden dar caza al ratoncito con esos lazos americanos. Yo les hice una "foto" desde el balcón en el momento de conseguirlo, pero con mala suerte, porque entró en la máquina un rayo de luz, y no deja ver todas las cuerdas. ¿Hay algún niño que, a pesar del rayo, me sepa decir cuál fue el que le dió caza?

EL PARECIDO DE MI AMIGO

Pasatiempo número 14.

Hoy me ha enviado un amigo mío este retrato. Yo le he sacado inmediatamente parecido con un animal. Veamos ahora cuántos lectorcitos coinciden conmigo. ¿A qué bicho se parece?



LOS VERSOS ROÍDOS

Pasatiempo número 15.

Estoy muy disgustado con el Ratón Bombón. Todos los domingos roe para desayuno unos papeles y se come un par de palabras.

Son unos versos del siglo XIX que yo quisiera conservar. ¿Hay algún lector que pueda decirme cuáles son las dos palabras que me faltan ahí?

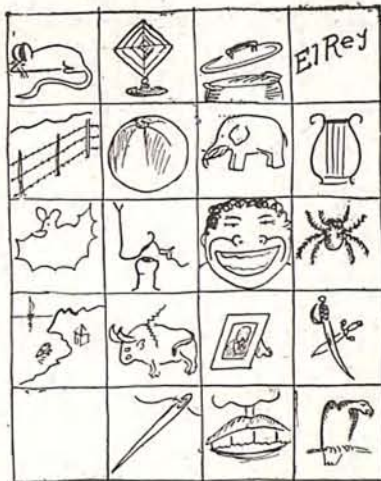
Procura ser cual la (1)
Del pico de las montañas,
Que no baja (2) al llano
Por no dejar de ser blanca.

EL JUEGO DE INICIALES

Pasatiempo número 16.

Con las iniciales de las cosas que se encierran en la primera línea vertical de cuadros se forma un nombre de cinco letras. Y con las iniciales de las cosas que encierran las líneas horizontales de cuadros se forman cinco palabras de cuatro letras cada una.

Sólo quiero que me remitéis dichas palabras, que en total son seis. Pero no quiero, de ningún modo, el envío de los significados de los dibujos.



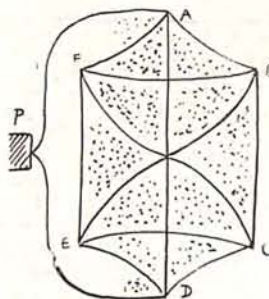
LOS PASEOS DE PALACIO (Pasatiempo de regalo.)

El rey tenía un jardín con todos esos paseos que se marcan en la figura. Gustaba ver las flores, pero se había hecho tal lío con tantos paseitos, que unas veces repetía un camino tres veces, y otras se iba sin haber recorrido todos. Entonces hizo que el guarda estudiara la manera de que se recorrieran todos los paseos, sin pisarlos más que una sola vez.

El guarda, a punto de volverse loco, lo consiguió; ¿cómo?

Os lo diré; pero antes debéis ensayarlo vosotros.

La solución es: P A D E F B E C B A F C D P.



CONCURSO DE POSTIN

La frase de Don Quijote.

Averiguar en cuál de los tres capítulos X, XI y XII, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro..."

Búsquense las bases y el cupón en otro lugar de este número.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

respuestas de los niños



Hemos hablado esta semana con Ramoncito Aldama, chico moreno y simpático.

—Quiero saber tu carrera preferida.

—Aviador. Ya lo saben en casa, aunque a mamá no la gusta que se lo diga. Aviador es precioso. En cuánto oigo un aeroplano, allá voy corriendo a verlo... ¡Qué precioso es!... Tengo una esfera grande y allí pienso unos viajes formidables que quiero hacer.

—¿Y el oficio preferido?

—Marino. Me atraen los riesgos del mar como los del aire.

—¿De qué te gusta que traten los libros?

—De aventuras; de vencer a los salvajes y matar a las fieras.

—¿Qué animal te gusta más?

—Yo creo que el más bonito es la cigüeña, aunque no sea más que porque me entusiasma verla volar.

—¿Qué día has pasado más miedo?

—¡Ay! Usted no sabe lo que es irnos a bañar a un río pequeño un amigo y yo, y de pronto venir el guarda, achucharnos un perro chato y de colmillos, y tenernos en el agua una hora, porque la fiera estaba en la orilla, y por supuesto ladra que ladra. ¡Y que no era *Trespelos*! ¡Oh, qué hora más terrible!... Hasta que nos perdonó el

hombre. También sé, aunque casi no lo recuerdo, que una vez echó una criada un cangrejo vivo en mi cama y estuve malo del susto...

—¿En qué te gastarías las mil pesetas?

—Si no costara mucho una barca de vela, me las gastaría en eso. Para ir con mis amigos este verano.

EL MAGO BOTIJO

(Dibujos de Alonso.)